

EL AGAVE PAISAJE CULTURAL PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

No cabe duda de que el paisaje agavero es uno de los más bellos de la tierra.

La carretera hacia Tequila se sumerge en un mar ondulante y espinoso que sube hasta la cima de los cerros teñidos de azul, en donde el vigor de las plantas sagradas serpentea hasta juntarse con el cielo.

Que nuestro paisaje constituya “un ejemplo excepcional de un asentamiento humano tradicional y un uso de la tierra representativo de una cultura” según lo señaló la UNESCO en días pasados, es una gran noticia para los mexicanos. Pero suele suceder que, junto a las buenas noticias siempre viene una enorme carga de responsabilidad.

Ayer que íbamos por esa carretera, observamos a un trabajador del campo, en armonioso multiculturalismo, con su sombrero de palma, “blue jeans”, y un “back pack” o mejor dicho, mochila puesta sobre la espalda de la que salía un tubo rociador de herbicida. No nos atrevimos a bajarnos a disfrutar del paisaje más de cerca.

El hombre sujetaba el tubo sin guantes ni protección alguna, mientras sudaba a poro abierto, con los pies desnudos dentro del huarache de suela de llanta. Sin percatarse de nuestras miradas, se daba a la rápida tarea de rociar la hierba que abraza los agaves con el agresivo veneno, silbando del mismo modo que antes lo hicieran nuestros antepasados, diestros en el uso de la cazanga y del machete.

Llegamos a Amatitán, felices de compartir la noticia del renombre de nuestro paisaje y un tanto consternados por el futuro de nuestra tierra. “Ya casi no hay mayates verdes, y las ranas cada vez son menos” -dijo uno de nosotros-. Y qué decir de varias especies nativas de hierbas que no se han vuelto a ver desde hace años.

El afán conservacionista nos encendió. ¿Qué hacer?

¿Cómo constituirnos como una cultura que embellece no sólo la cobertura del planeta, sino que resguarda las venas de la tierra de los venenos tóxicos que tarde o temprano, -si continúan utilizándose- acabarán en nuestras venas y correrán por la sangre de las generaciones venideras?

¿Cómo ser una cultura que nos distinga, tanto por la excelencia de nuestros productos como también por tener el privilegio de vivir en un ecosistema sano de donde estos provengan y que sea la prueba de que se puede vivir de la tierra sin perjudicarla?

Ojalá que esta magnífica oportunidad que nos ha abierto al mundo entero, se aproveche para que las empresas tequileras ennoblezcan este patrimonio, impulsando -en un esfuerzo común con las que fabrican herbicidas dentro del globo- la inversión para el desarrollo de una nueva tecnología que libre de malezas y combata plagas con productos de eficacia inofensiva que proteja a todas las especies que habitamos el planeta.

Ana Ashida

anaashidajardines@yahoo.com

Guadalajara, Jalisco 16 de Julio de 2006